

EL CASO de los



POLLOS ROBADOS

Pero ¿qué pasa? ¿qué está pasando en este pueblo que andan todos tan alterados?

Hoy, cuando he salido a comprar el pan, todas las mujeres hablaban del robo de los pollos. Por todas partes se oía:
- bla, bla, bla... el robo de los pollos...

En la plaza se veían grupos de hombres cuchicheando, preguntándose como había sido posible este robo.

Ya me podía la curiosidad. Así pues me acerqué a un grupo de señores mayores. Parecían más enterados y su conversación era más fácil de entender. Llegué a comprender lo que pasaba.

Ya era la segunda noche que en la granja de Fernando, la que está a la salida del pueblo, en el camino que conduce a la cueva de los Diablos se producían hechos extraños. Entrar en la granja era



difícil. Había que franquear dos vallas altas y abrir una puerta. Todo cerrado con varios candados. No se había

forzado ninguna cerradura.

Como si se hubieran escapado los pollos por arte de magia.

La primera noche habían desaparecido unos cincuenta pollitos recién salidos del cascarón y algunos huevos sin eclorionar. Fernando, el dueño de la granja, no hacía ningún comentario.

La segunda noche se habían esfumado una veintena de cajas de pollitos y gallinas. Así es como poco a poco me iba enterando. Las conversaciones despertaban en mí

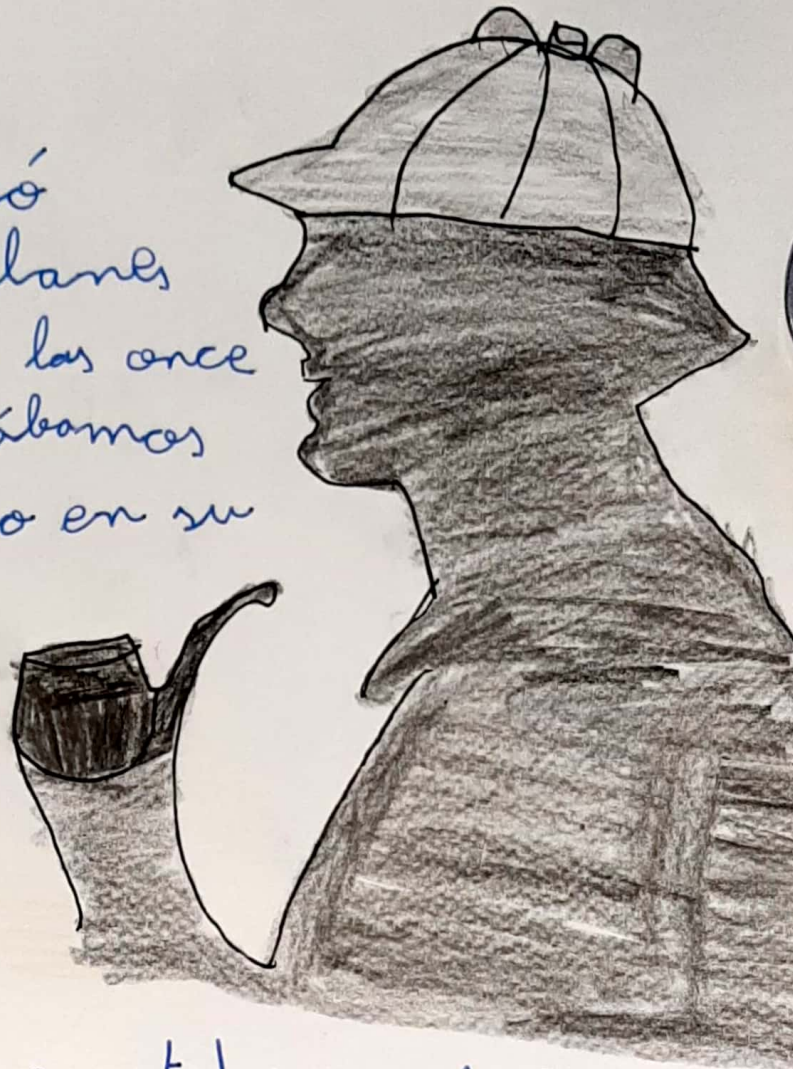
las ganas de saber más, de resolver el misterio y averiguar quien podía estar detrás de este robo, porque según lo que escuché no era forastero, era alguien del pueblo.

Por la tarde, todo nuestro grupo nos reunimos en el parque. Entonces les conté cuales eran mis intenciones. Estaba seguro que entre todos podíamos resolver el enigma de los "pollos robados".



A todos les pareció una idea emocionante que podía rellenar el vacío de los días de verano en este pueblo donde nunca pasaba nada.

La tarde nos pasó
rápida haciendo planes
y cuando llegaron las once
de la noche ya estábamos
apostados cada uno en su
zona de vigilancia.
Alberto y yo frente
a la granja, Rubén
y Antonio cerca de
la cueva de los
Diablos.



Creo que nos sentíamos todos un poco
como Sherlock Holmes. Sólo nos faltaba
la gorra y la pipa.

Aquella noche había luna llena. Y se veía
casi como si fuera de día.

Estábamos Alberto y yo tumbados detrás
de unos setos y por suerte no tuvimos
que esperar mucho.

Al poco rato se acercó una furgoneta
que se paró frente a la puerta de la
primera calle.



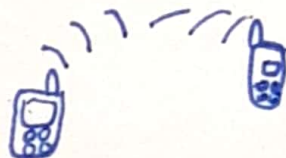
Salíó un chico,
Abrió el candado y entró
la furgoneta. Volvió a cerrar el
candado y se repitió la operación
en la segunda valla.

Después, salió otro chico del
vehículo y entraron en la
granja. Al poco rato,
vimos que sacaban
cajas y más cajas. En
total contamos catorce

cajas. Suponíamos que estaban llenas
de gallinas.

Poco después salieron cerrando las
vallas. La furgoneta salió a poca
velocidad y tomó el camino de
la cueva.

Pensamos que Rubén y Antonio tenían
suerte. Iban a ver cosas interesantes.
Nos hubiera venido bien comunicarnos.
¡Qué lástima no tener ningún walkie-talkie!



Como buenos aprendices de detective, habíamos cogido lápiz y papel. Teníamos la matrícula y el color de la furgoneta. Alberto y yo decidimos ir hacia la cueva. La camioneta ya habría llegado pero a nosotros nos quedaban 2Km por andar y de noche. Habría pasado más de media hora cuando oímos el ruido de un motor. Nos echamos a un lado del camino y nos tumbamos para no ser vistos.

Pasó la furgoneta dirigiéndose hacia el pueblo.

Salimos al encuentro de nuestros amigos. Rubén nos confirmó que dos chicos sacaron de la furgoneta catorce cajas y las depositaron en la más honda de la cueva. Oímos unos campanados y supimos que era medianoche.

— 6 —



Decidimos volver al pueblo y buscar por las calles donde podría estar aparcada la furgoneta. Nos repartimos las calles y volveríamos a encontrarnos en la plaza.

Antonio volvió exultante: la furgoneta estaba aparcada justo en frente de la casa de Fernando, el dueño de la granja. ¿La furgoneta era suya? ¿Qué misterio era ese? ¿Cómo podían sus propios hijos robarle? ¿Lo sabía él?



Todas estas preguntas nos intrigaban. Decidimos ir a hablar con Fernando. Nos lo tenía que aclarar.

Como vimos luz en una habitación llamamos.

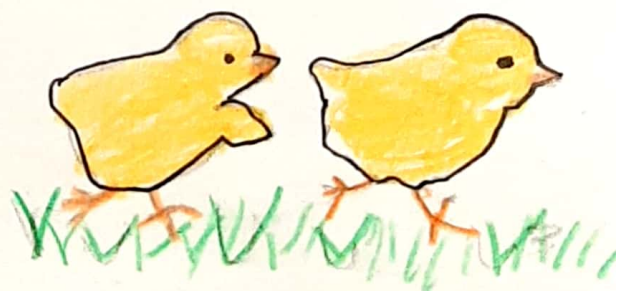
Salió Fernando y le contamos todo lo que habíamos presenciado esta noche.

Fernando se rió y nos hizo entrar en casa.

Nos invitó a tomar una limonada fresquita y nos dio esta explicación:
- No hay ningún misterio. Nuestras gallinas se han infectado y han contraído una enfermedad contagiosa para otras aves. El veterinario nos ha aconsejado separar las gallinas sanas de las enfermas. Mañana vendrán a desinfectar la granja y así podrán volver las gallinas sanas y los polluelos.

Decidimos hacer el traslado por la noche para no asustar a la gente y evitar alborotos. No hay ningún peligro para la salud humana. Hemos tirado todo lo que podía estar contaminado. La gente en este pueblo se alarma enseguida.

Pero chicos, enhorabuena, sois muy listos. Mañana venid a la cueva y veréis como cuidamos a las gallinas sanas.



Si han puesto huevos es ... regalo,
cuando todo esté listo trasladaremos
a las gallinas y pollitos a la granja.

Aquella noche nos fuimos contentos a
casa.

Nos sentíamos como héroes.